



VIVIANA MANRÍQUEZ, ¿SIGAMOS CONVERSANDO?

José Luis Martínez¹

Nota preliminar

Empecé a escribir este obituario, pensando contarles a los demás quién fue Viviana Manríquez, un maravilloso ser humano que me permitió compartir muchísimas cosas con ella. En escribirle a las y los lectores del *Boletín* acerca de ella. Y no pude, me costó, no logré conectarme conmigo mismo para estar a la altura del cariño de la Vivi. Así es que decidí conversar con ella, que no está ausente, ni mucho menos.

Viviana (Vivi):

No me ocurre con mucha frecuencia esto de acordarme de algo, pero tengo la imagen muy clara de cuando nos conocimos allá por el año 1984, una tarde en el segundo piso de uno de los aularios en el Campus Oriente, cuando llegaste al curso de Culturas Precolombinas que dábamos Carlos Aldunate y yo en la Universidad Católica. Pronto nos contaste que venías del exilio de tu familia en Venezuela y empezaste a construir confianzas, complicidades y, muy rápidamente, amistades. En aquellos años no se trataba solo de estudiar o enseñar, también había que luchar contra la dictadura, teníamos que cuidar-nos unos y unas a otros.

Creo que, para ti, como para mí y muchas de las compañeras y compañeros de esos cursos, la etnohistoria, la arqueología y la antropología tenían una dimensión adicional, apasionante y también política, que nos permitía construirnos como personas. Así fue que, en cada uno de nuestros caminos de construcción, todos resultamos con algo de los demás, todos aprendimos juntos y nos enseñamos mutuamente. Y gracias, gracias por eso, Vivi.

Es cómico, pero ahora me doy cuenta de que trabajando juntos, todo el equipo de los proyectos Fondecyt, llevamos nuestro entusiasmo hasta nuestras familias y casas. Tu mami asesorándonos en el manejo de las estadísticas

1. Departamento de Ciencias Históricas y Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. jomarcer@gmail.com

para estudiar los registros eclesiásticos de Atacama, LÍpez o Tarapacá. Tu papi haciendo nuestros mapas (todavía tengo algunos originales). La amistad nunca se trató puramente de una cuestión académica o social. Es algo más profundo, algo de estar ahí para cuando se necesita. Y, quizás, por lo mismo, ahora trabajo cercanamente con la Sari.

Recuerdo también los terrenos compartidos en el Loa y el Salado, con los distintos equipos de arqueólogos, caminando todos los caminos posibles (al menos yo, aprendí con ellos a mirar, a entender los paisajes, a prestar atención a los detalles del suelo y su vegetación). En la limpia de canales de Caspana, cuando estabas totalmente integrada con las mujeres, una más de ellas, preparando las comidas para los pobladores y los visitantes; cuando acompañabas a don Julián Colamar a pastorear y él te cantaba en kunza...; en la estancia de don Víctor Berna, en Paniri, ayudando a la Sra. Dora a pastorear las llamas; o en el Alto Loa, cuando llegamos al abrigo rocoso/habitación de un viejo pastor de Lequena, que nos contó que los cerros y volcanes tenían distinto origen. Unos habían sido estrellas que bajaron a la tierra y se transformaron en cerros, en tanto que los volcanes habían salido desde dentro de la tierra, del *ukhu pacha*.

Tal vez no lo dije lo suficiente, o las suficientes veces, o con la fuerza necesaria. Siempre admiré tu trabajo. Mirando hacia atrás y hasta ayer, con el proyecto que, en plena pandemia, tratábamos de sacar adelante, no encuentro ningún momento en que te haya visto sin entusiasmo y totalmente comprometida. Aún en los tiempos finales, en los que eso requería además un esfuerzo físico y anímico fenomenal. Los trabajos pioneros que realizaste, sobre las poblaciones “promaucaes” al sur del río Maipo, nos sirven hasta ahora, y empezamos a encontrar otros *purum aucas* entre las distintas poblaciones que resistieron a los inkas. Era un concepto clasificadorio y no identitario. Y todos tenemos que leer, una y otra vez, tu tesis doctoral sobre la construcción de memorias y las historias sociales colectivas de Caspana.

Te lo planteo no solo en la dimensión académica o científica, de enorme valor, sino en que se trata de trabajos que obligan a “abrir la mente”, te toman de la mano y te llevan a un lugar diferente al que uno estaba al empezar a leer. Las voces, las voces de los protagonistas, la lucha por rescatarlas y dejarlas hablar por sí mismas es algo que hemos compartido a lo largo de todos estos años, una constante en casi todos tus trabajos y publicaciones. Entre paréntesis, me encantó tu gesto de poner en primer lugar en el currículum del proyecto, ese de 2020, el libro colectivo construido con el Club de Ancianos de Ayquina-Turi. Ellos y ellas hablan y nos entregan su propio lugar desde donde hacerlo (¡léanlo!).

Y empezamos juntos a hacer los cursos de etnohistoria en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. ¿Te acuerdas de cómo inventamos los programas? ¿De qué íbamos a hablar? ¿Cómo hacerlo?

Te conté, cuando nos juntamos después de una reunión en la Escuela de Antropología de esa misma universidad, por un aniversario más, de cómo tu ausencia en esa ocasión, motivada ya por la enfermedad, fue tremendamente sentida. Profesoras y profesores, antiguos estudiantes dijeron lo mismo: te tenían en el alma, has sido una de esas profesoras que marcan, cercana, que dedicaba mucho tiempo a conversar con unos y otras, a enojarse cuando veías falta de compromiso y a empujar para adelante, a seguir y seguir a quienes tomaban tus cursos. Como hiciste clases también en la Universidad La República, en la Academia, en la Alberto Hurtado, en el postgrado de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chile (hasta dónde tengo un registro), esa proximidad y compromiso tuyos por la formación la sintieron también las y los estudiantes de esas carreras y programas académicos. Una cuestión que siempre me encantó de ti es tu vocación por entusiasmar. Sin pasión no hay investigación, no hay preguntas, y tu transmitiste esa pasión, la compartiste con los demás.

En este desordenado intento de recuperarte, aunque sea para el papel, para compartir a través de la escritura, se me vienen dos aspectos de tu carácter de los que aprendí montones: tu permanente alegría, la capacidad de reír y de reírte de ti misma, y la música, por supuesto. No hubo terreno en el que no llevaras algún cassette (sí, cassette) con nuevas músicas, estilos, cantantes. En la noche, después de las excavaciones, de las conversaciones, disfrutando la (las) merecidísima(s) copita(s) de algo, ponías música. Y era como el paraíso. Ah, aprovecho de contarte que en estos momentos estoy escuchando “Wicked Game”, de Chris Isaak, y me espera Piazzolla con Gerry Mulligan. Tu entenderás.

Y déjame decirte algo más... ¡qué rabia tener que escribirte y no poder hablarlo, disfrutarlo, gozarlo, una vez más, en ese café al costado de tu departamento de Providencia!